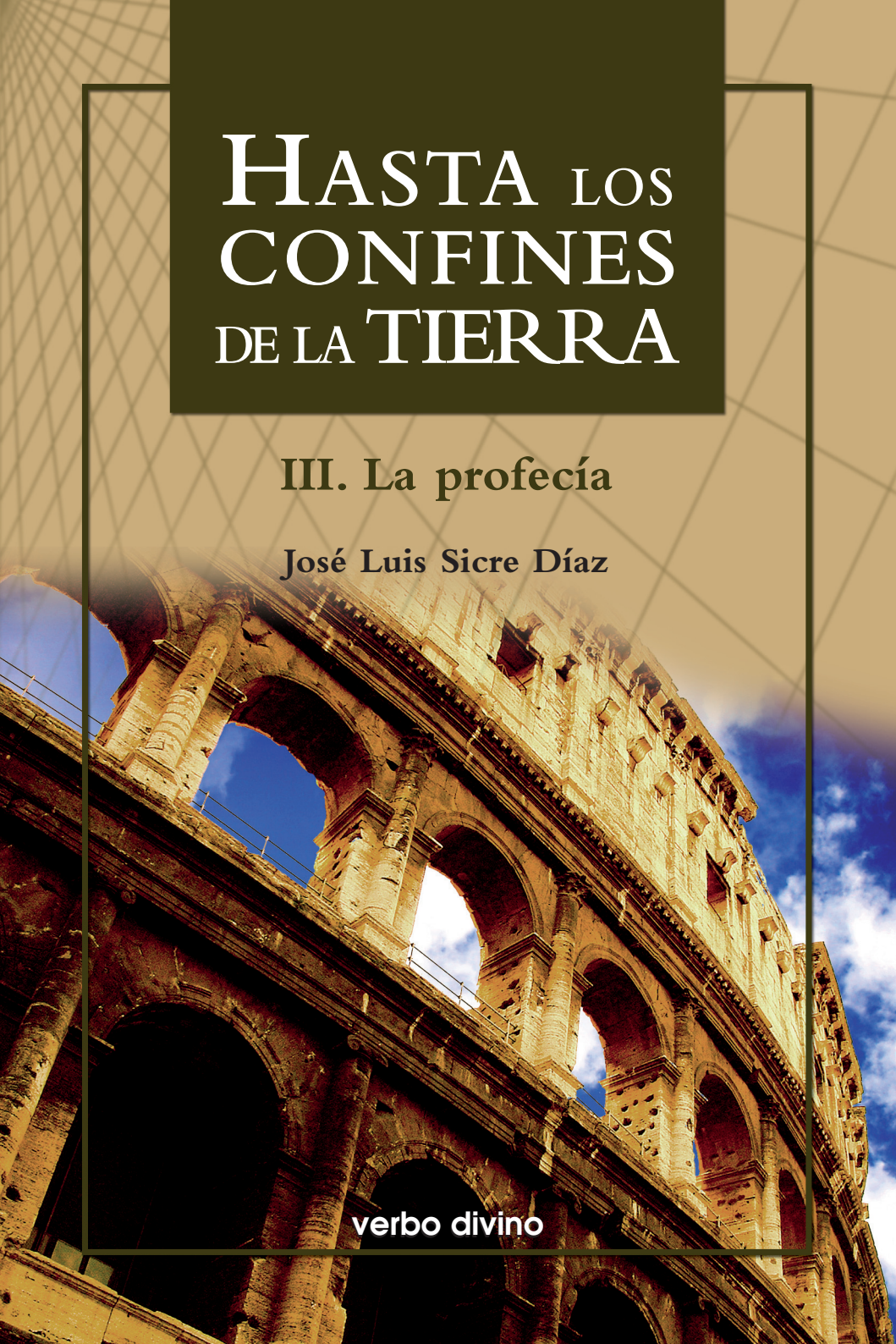


HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

III. La profecía

José Luis Sicre Díaz

verbo divino



José Luis Sicre Díaz

Hasta los confines de la tierra

III. La profecía

evd

editorial verbo divino

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta:
Chapitel Comunicación

Fotocomposición:
Megagrafic, Pamplona.

José Luis Sicre Díaz

© Editorial Verbo Divino, 2007
© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-458-0
ISBN versión impresa: 978-84-8169-745-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

En los volúmenes anteriores de *Hasta los confines de la tierra* («La fuerza del Espíritu» y «El macedonio»), Andrónico y su familia fueron leyendo y comentando el libro de los Hechos de los Apóstoles y algunas cartas de Pablo (1 Tesalonicenses, Gálatas, fragmentos de Corintios y Romanos). Tras la pausa impuesta por el calor del verano, reanudan su tarea. Los grandes viajes misioneros de Pablo (comentados en «El macedonio») ceden ahora el puesto a largos períodos sedentarios (dos años en Éfeso, dos en Cesarea, dos en Roma) y a los viajes finales (de Éfeso a Corinto, de Corinto a Jerusalén, de Cesarea a Roma). Los bienios de Éfeso y Cesarea, sobre los que Lucas ofrece pocos datos, sugieren a Andrónico la posibilidad de rellenarlos con la lectura de cartas de Pablo escritas en esos momentos: 1 y 2 Corintios, Romanos, Filemón y Filipenses. Pero Andrónico se dejará llevar más por criterios de contenido que cronológicos. Aunque sabe que la carta a los Romanos la escribió Pablo en Corinto (uno de los pocos datos seguros en los estudios paulinos), la dejará para el final, cuando Pablo llegue a Roma.

Mi intención al escribir esta serie es acercar el libro de los Hechos y las cartas de Pablo al cristiano medio, sin requerir de él o ella una especial formación bíblica y teológica. En la introducción al volumen anterior dije que «el comentario en familia es una forma de exégesis coral». Un jesuita argentino,

José Luis Lazzarini, gran amigo y muy amante de la música, me comentó que, más que un coro, se trataba de un quinteto. Efectivamente, Andrónico, Lucila, Livia, Néstor y Talía son un quinteto, al que a veces se añaden otros solistas invitados: Leví, Tamar y Hermógenes. En sus opiniones he procurado reflejar los principales puntos de vista de la exégesis bíblica, sin pretensiones de ser exhaustivo. Para ello me he servido de algunos buenos comentarios y estudios, que cito en los apéndices.

Los apéndices de este tercer tomo se centran en cuatro cartas de Pablo, tratándolas de manera muy desigual. Los ocho primeros están dedicados a diversos temas de la primera carta a los Corintios; algunas cuestiones las trato más a fondo (los grupos en Corinto o la relación de Pablo con las mujeres), en otras ofrezco simples sugerencias para la lectura. El apéndice 9 lo dedico a una posible reconstrucción de los conflictos y viajes subyacentes a la segunda carta a los Corintios. El 10, a la carta a los Filipenses, ofreciendo una guía de lectura. El 11, a los ocho primeros capítulos de la carta a los Romanos, con una mezcla de ficción y exposición. El 12 intenta responder, sin conseguirlo, al misterio que plantea el final abrupto de Lucas: ¿qué le ocurrió a Pablo tras la llegada a Roma? El 13, en una tarea igualmente descabellada, ofrece una nota sobre la cronología paulina.

Una vez más agradezco a Gabriela Giampetruzzi la elaboración de los mapas, tan útiles para comprender los viajes de Pablo. Los otros dibujos están tomados de la obra de Joaquín González Echegaray *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano* (Verbo Divino, Estella 2002).

Agradezco a Ignacio Maury, Gabriela Giampetruzzi y María del Mar Gil la ayuda prestada en la corrección del original y las ideas que me han aportado.

Para facilitar la lectura de la parte novelada indico los principales protagonistas de este tercer volumen.

Andrónico. Protagonista de la historia. Nacido en Tróade el año cuarto de Nerón (58 de nuestra era). Livia es para él como una hermana mayor. Casado con Lucila, tiene dos hijos: Elena y Néstor. Tres de sus nietos, Lucas, Lisipa y Julia, intervienen en algunos capítulos de esta tercera parte.

Ascanio. Abuelo de Talía, hombre de gran cultura y simpatizante de la filosofía estoica. Su espléndida biblioteca y su disponibilidad supondrán una gran ayuda para los datos geográficos e históricos.

Elena. Hija de Andrónico y Lucila, casada con Teodoro, madre de Lucas, Lisipa y Julia.

Hermógenes. Misionero cristiano de paso por Tróade, nieto de Filemón.

Julia. Hija de Elena y Teodoro, nieta de Andrónico y Lucila.

Leví. Escriba judío convertido al cristianismo, gran conocedor de las Escrituras y de las tradiciones de Israel. Casado con Tamar y enfermo desde hace años, Andrónico deberá siempre ir a visitarlo.

Lisipa. Hija de Elena y Teodoro, nieta de Andrónico y Lucila.

Livia. Cristiana de origen judío y padres esenios, adoptada desde muy joven por los padres de Andrónico, ha sido para éste como una hermana mayor y para Néstor una especie de abuela y de educadora.

Lucas. Hijo mayor de Elena y Teodoro, nieto de Andrónico y Lucila.

Lucila. Esposa de Andrónico, mujer práctica y muy entregada a los miembros más necesitados de la comunidad. Es la que impone algo de sensatez cuando las discusiones corren peligro de perderse en el vacío.

Néstor. Hijo menor de Andrónico y Lucila, casado con Talía, con quien tiene tres hijos.

Talía. Esposa de Néstor, de origen pagano, convertida pocos años atrás al cristianismo. Mujer de gran cultura y extraordinarias ansias de saber.

Tamar. Esposa de Leví, mujer de fino sentido del humor.

Teodoro. Marido de Elena, padre de Lucas, Lisipa y Julia.

Facultad de Teología
Granada, 19 de marzo de 2007

1

Una trampa, una sorpresa, un enigma

(Hechos 18,23-19,7)

El verano transcurrió con rápida monotonía, sin grandes sobresaltos ni noticias especiales. La mayor parte del tiempo la dediqué a pulir la redacción definitiva de las reuniones, a la que di el título de «El macedonio». Una labor dura y exigente, como puedes imaginar. Quizá por ello, la desaparición de los días de calor sofocante y la llegada de las placidas tardes de septiembre no despertaron en mí el deseo de reanudar las reuniones. En cambio, Lucila, Néstor, Talía y Livia no compartían mi estado de ánimo. Por ciertas indirectas durante la comida, intuía yo que deseaban seguir comentando la obra de Lucas y las cartas de Pablo, pero mi pereza no se dejó influir por esas alusiones.

Una noche, mientras disfrutábamos en el patio de la agradable temperatura de septiembre, Néstor le comentó a Talía:

—Me hubiera gustado conocer a Apolo.

—¿Al dios Apolo? —preguntó Lucila escandalizada.

—No, madre. A un cristiano que se llamaba Apolo.

—¿Y era tan guapo como el dios? —dijo Talía, bromeando.

—No lo sé. Pero puedo asegurarte que hablaba muy bien.

—¿Y por qué te habría gustado conocerlo? —se interesó Lucila.

—Era un personaje especial: judío, nacido en Alejandría, dominaba las Escrituras, se expresaba mejor que Pablo... Lu-

cas habla de él en esa obra que estuvimos leyendo antes del verano.

—¿No sigue hablando de Pablo? —preguntó asombrada Talía.

—Muy poco. A partir de ahora el protagonista es Apolo. Será él quien funde realmente las comunidades de Éfeso y de Corinto.

Semejante disparate me hizo saltar violentamente.

—¡No digas tonterías!, Néstor. De Apolo habla Lucas muy poco. Sólo le dedica unas líneas. El verdadero protagonista sigue siendo Pablo.

—Pues yo pienso que Néstor tiene razón —comentó Livia dejándome con la boca abierta—. Tu padre decía que Apolo es un personaje importantísimo y que en Corinto muchos lo consideraban superior a Pablo.

—Eso último es verdad —reconocí—, pero mi padre no pudo decir nunca que Pablo desaparece de la historia que cuenta Lucas. Basta leer dos o tres columnas para darse cuenta. ¡Valiente estupidez!

—De Pablo —insistió Néstor, dispuesto a amargarme la noche—, lo único que se cuenta es que naufragó cuando iba a fundar la comunidad de Samotracia.

—¡En Samotracia no hay ninguna comunidad! Y Pablo no naufragó en ese viaje, sino cuando iba a Roma. ¿Vas a seguir diciendo tonterías?

—No te pongas así, Andrónico —me reprendió suavemente Lucila—. Con lo fácil que es resolver esta discusión tan tonta. Se lee el libro y se ve quién tiene razón.

Todos se quedaron mirándome. Cuando comprendí la trampa que me habían tendido, tuve que sonreír para no seguir haciendo el ridículo.

—Está bien. Pero dejadme unos días para organizar las reuniones.

En realidad, no había mucho que organizar. Pero necesitaba ese tiempo para darles una sorpresa.

* * *

Dos días más tarde cambiamos nuestra rutina. Del jardín volvimos al triclinio, donde disponíamos de mejor luz para leer y era más fácil concentrarse en un diálogo serio. Quizá por un designio especial de la providencia, ese día llovió tan intensamente, y bajó tanto la temperatura, que no supuso un sacrificio cambiar de sitio.

Después de la cena me excusé un momento y reaparecí al cabo de poco con dos rollos: el ya conocido de Lucas, y otro que veían por vez primera.

—Estos meses, mientras vosotros os dedicabais a disfrutar del verano, yo he pasado horas y horas revisando la redacción de las reuniones, procurando que reflejasen con exactitud lo que dijo cada uno, sin desfigurar su pensamiento. Aquí tenéis la obra.

Comencé a desenrollar el extenso volumen, que todos se acercaron a contemplar de cerca y palpar. Si yo hubiera sido más tolerante, la reunión se habría ido en pasar el rollo de mano en mano, mientras cada cual buscaba algún detalle concreto que recordaba de forma especial. No se lo permití. Tendrían tiempo sobrado de hacerlo. Recuperé el volumen de sus manos y les dije:

—Antes de seguir leyendo la obra de Lucas conviene recordar lo que comentamos antes del verano, el segundo viaje misionero de Pablo. Lo voy a hacer leyendo el resumen que ofreció Néstor en la última reunión.

Todos, especialmente él, mostraron su acuerdo y su interés por saber cómo había quedado reflejado aquel final. Tuvieron que esperar un buen rato hasta que llegué al sitio exacto.

—Esto es lo que he escrito sobre la última actuación de Néstor:

«Con un gesto ampuloso, imitando y exagerando la forma en que yo sacaba mi tablilla, sacó la suya, llena de anotaciones».

Acallé una protesta incipiente de mi hijo y seguí leyendo:

«En ese viaje, Pablo confirmó a las comunidades antiguas de Derbe y Listra, fundó la nuestra, donde tuvo la gran visión del macedonio, que cambió la historia; fundó las comunidades de Filipos, Tesalónica y Berea; sobrevivió a una paliza y a un terremoto; predicó en Atenas, al parecer sin mucho éxito, y fundó las iglesias de Corinto y de Cencreas. Después de matarse trabajando, tuvo que soportar que no lo viesen con buenos ojos en Jerusalén y en Antioquía, al menos durante una temporada.

»Debemos pensar también en las personas que han aparecido durante el viaje: Silas, que acompañó a Pablo desde el primer momento, incluso en los azotes, la cárcel y las huidas; Timoteo, que estaba tan contento de ser cristiano sin necesidad de circuncidarse, y Pablo lo circuncidó para que no se escandalizaran los judíos; Lidia, la vendedora de púrpura de Filipos, que albergó a los misioneros. ¡Ya te hubiera gustado a ti haber podido hacer lo mismo, madre!

»—Desde luego que sí —reconoció ella».

—Ya te he dicho otras veces que esas cosas no deberías incluirlas, Andrónico —protestó Lucila.

—A mí sí me gusta que las escriba —me apoyó Néstor—. Sigue.

—«Luego está el carcelero, el del terremoto de Filipos, que se convierte con toda su familia. Y Jasón, el de Tesalónica, el que tiene que pagar una fianza para que lo dejen libre. En Atenas, Dionisio el Areopagita y Dámaris. En Corinto, Áquila y Priscila, el matrimonio amigo de Pablo; Ticio Justo; Crispo, jefe de la sinagoga; Sóstenes, otro jefe de la sinagoga, que también se lleva una paliza. Y todos los que ha ido nombrando padre durante la lectura de las cartas, pero a esos no los nombra Lucas y no los recuerdo.»

Cuando di por terminada la lectura, Talía intervino entusiasmada.

—¡Está perfecto, padre! Al pie de la letra.

Néstor no estuvo plenamente de acuerdo.

—Al principio sobra un verbo, cuando dices que yo te imité «exagerando». Lo de «exagerando» sobra. Te imité perfectamente.

—¿Por qué no leemos todo lo que has escrito? —propuso Lucila—. Aunque no soy partidaria de incluir detalles personales, me ha gustado recordar lo que fuimos comentando.

—Entonces no avanzamos nada —objetó Livia—. Yo prefiero seguir con lo que estaba previsto para hoy.

—Desde luego —asentí—. Después de todo lo que he tenido que preparar no voy a callarme. Además, tengo una curiosidad. Quiero ver si captáis a la primera algo que a mí me ha costado mucho tiempo advertir.

—Seguro que lo captamos, padre. Somos más inteligentes.

Pasé por alto la ironía de Néstor y aclaré.

—Se trata de comparar dos escenas, aparentemente muy distintas, para ver si encontráis alguna relación entre ellas. Pero antes voy a leer las pocas palabras que dedica Lucas al comienzo del tercer viaje misionero de Pablo.

Dejé sobre la mesa mi volumen recién estrenado y tomé el ya bastante usado de Lucas. Una señal dejada en el sitio exacto permitió no perder tiempo.

Pasado algún tiempo, emprendió otro viaje y fue recorriendo por etapas la región de Galacia y Frigia confortando a todos los discípulos.

—El punto de partida fue Antioquía de Siria, como en los dos casos anteriores. Y la actividad de confortar a los discípulos recordaréis que era muy típica de Pablo.



No pensaba añadir nada más, cuando me interrumpió Lucila.

—¿Viajó solo? Las otras dos veces iba acompañado.

—Sí, recordó Talía. La primera vez fue con Bernabé, y la segunda con Silas, ése al que también llaman Silvano.

Néstor la miró con odio fingido.

—¿No te da vergüenza tener tan buena memoria? A mí me ha llamado más la atención otra cosa: la actitud de la comunidad de Antioquia.

—De la comunidad no se ha dicho nada —objetó Lucila—. Yo, al menos, no lo recuerdo. Vuelve a leer el texto, Andrónico.

Obedecí humildemente.

Pasado algún tiempo, emprendió otro viaje y fue recorriendo por etapas la región de Galacia y Frigia confortando a todos los discípulos.

—¿Ves? —dijo Lucila a Néstor—. No se menciona a la comunidad.

—Pues eso es lo que a mí me extraña, madre, que no se la mencione. Yo también tengo buena memoria, y te aseguro que la primera vez lo despidieron con oración, ayuno e imponiéndole las manos. Y la segunda, los hermanos de Antioquía lo encomendaron al favor del Señor. Ahora, en cambio, se va solo, sin que nadie lo despidiera ni lo encomiende a Dios.

Lucila pareció escandalizarse de esa afirmación, pero yo reconocí interiormente que Néstor estaba poniendo el dedo en la llaga de una herida muy dolorosa para Pablo, herida que me había pasado desapercibida.

—Os lo advertí hace meses —siguió Néstor— cuando comenté la llegada de Pablo a Antioquía. Lo acogieron de manera muy fría, no le preguntaron cómo se encontraba, dónde había evangelizado, cuántos se habían convertido. Y os expliqué el motivo: Pablo se había peleado con Bernabé; desde entonces, los de Antioquía no miraron a Pablo tan bien como antes. Todo esto debe estar en ese volumen que ha escrito padre, si recoge fielmente lo que dijimos.

—Lo recoge perfectamente —aseguré—. Si lo lees, verás que dice lo mismo que tú has dicho, incluso más completo y mejor.

—Es que ahora no quería hacer una gran exposición, sino un resumen. Pero vuelvo a lo esencial: la comunidad de Antioquía se muestra tan fría al comienzo del tercer viaje como al final del segundo. Una pena, pero así son las cosas. De todos modos, yo no me detendría en la actitud de la comunidad, sino en la de Pablo. A pesar de lo fríamente que lo acogieron, su compromiso con el Señor Jesús y con el evangelio es tan grande que no duda en ponerse de nuevo en camino y empezar otra etapa de su vida.

La intervención de Néstor gustó a todos, y pensaba yo continuar cuando me interrumpió Talía.

—Lo que voy a decir no es por competir con Néstor. Pero yo también he echado en falta a otras comunidades: las de

Derbe, Listra e Iconio. Pablo las visitó al principio del segundo viaje, antes de atravesar Frigia y Galacia. Lo recuerdo porque tuve que preparar esa parte. Ahora, al comienzo del tercer viaje, si piensa ir a Frigia y Galacia, lo lógico sería que pasase por esas tres ciudades y visitara a las comunidades que fundó. Sin embargo, Lucas no dice nada de eso.

—Esas iglesias no las fundó él solo —matizó Néstor—; las fundó con Bernabé. Quizá allí ocurrió lo mismo que en Antioquía, que comenzaron a sospechar de Pablo.

—Tú estás empeñado en que a Pablo no lo querían bien —le dijo su madre.

—No es eso, Lucila —intervine yo—. Es posible que Néstor tenga razón. Pablo siempre tuvo muchos enemigos, incluso dentro de las iglesias. Quizá por eso no visitó esta vez las comunidades de Iconio, Listra y Derbe.

—¿Lucas habla más adelante de la evangelización de Frigia y Galacia? —preguntó Talía.

—No. Eso no lo cuenta, lo da por supuesto, como algo conocido. Es una de las cosas más extrañas de la obra de Lucas, sobre todo pensando en la importancia que tiene la carta a los galatas. La próxima ciudad donde aparece Pablo es Éfeso.

Unas pocas palabras de Lucas habían centrado nuestra atención más de lo que yo había imaginado. A ese paso, intentar comentar todo lo programado para esta primera noche parecía una temeridad. Afortunadamente, se me ocurrió una solución rápida.

—Como nos hemos alargado mucho, por ser el primer día no voy a cansaros más. Me limitaré a leer esas dos escenas que parecen tan distintas, pero a las que les encuentro una gran relación de fondo. Tenéis toda la noche y el día de mañana para descubrirla.

Los cuatro se pusieron en tensión y yo comencé a leer con esta única advertencia: «Primera escena».

Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en la Escritura. Lo habían instruido en el camino del Señor y hablaba con mucho entusiasmo enseñando con gran exactitud la vida de Jesús, aunque no conocía más bautismo que el de Juan. Apolo se puso a hablar abiertamente en la sinagoga. Cuando lo oyeron, Priscila y Aquila lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más exactitud aún el camino de Dios. Teniendo él intención de pasar a Grecia, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos de allí que lo recibieran bien. Su presencia, con el favor de Dios, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús es el Mesías.

Eche una mirada en torno y añadí:

—Segunda escena.

Mientras Apolo estaba en Corinto atravesó Pablo la meseta y llegó a Efeso; encontró allí a ciertos discípulos y les preguntó:

—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?

Contestaron:

—Ni siquiera hemos oído hablar de que haya un Espíritu Santo.

Pablo volvió a preguntarles:

—Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?

Respondieron:

—El bautismo de Juan.

Pablo les dijo:

—El bautismo de Juan era signo de arrepentimiento, mientras le decía al pueblo que creyesen en el que iba a venir después de él, es decir, en Jesús.

Al oír esto se bautizaron, consagrándose al Señor Jesús, y al imponerles Pablo las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, y empezaron a hablar en lenguas y a pronunciar mensajes inspirados. Eran en total unos doce hombres.

Levanté los ojos del volumen con una sonrisa maliciosa.

—Espero que mañana podáis darme la respuesta.

—Yo te la podría dar ahora mismo —presumió Néstor—, pero no quiero evitarles a estas queridas mujeres la obligación de pensar un poco.

—Yo necesitaría leer el texto de nuevo —dijo Lucila—. Con una sola lectura no se captan todos los detalles.

—Muy bien. Dejo aquí el volumen, a disposición de todos.

* * *

—Me alegro de que hayamos comenzado las reuniones —comentó Lucila cuando nos acostamos—. Me hacía falta pensar en algo más serio que las cuatro cosas que te afanan todos los días. Me viene bien recordar el ejemplo de los primeros cristianos.

—A mí también —reconocí.

—Pues hay que ver el trabajo que nos ha costado convencerte. Si no llega a ser por la idea de Néstor... Es admirable la capacidad que tiene de inventar tonterías...

Mi bostezo lo interpretó como un acuerdo tácito, y continuó.

—Lo que ha dicho esta noche a propósito de Pablo, de la frialdad que encontró en Antioquía, me ha resultado muy duro. ¿Por qué no podremos llevarnos todos bien? Al menos, los que creemos en Jesús.

—Sí, es algo que no se entiende. El fallo es que ponemos a otras personas o a ciertas ideas por encima del Señor. Entonces surgen los conflictos. Ya lo verás cuando hablemos de la carta a los corintios.

Y di un bostezo tan sonoro que no se atrevió a seguir la conversación.

2

Apolo y los doce

Imagino que tú también habrás buscado respuesta a la pregunta planteada la noche anterior, y querrás saber lo que dijimos. Fue un coloquio interesante, que me hizo caer en la cuenta de ciertos aspectos que no había advertido. Pero antes de contarte la reunión, deseo indicarte los problemas que me planteaban esas dos escenas, especialmente la primera. Para evitarte el esfuerzo de buscar el texto, te copio de nuevo los datos que deseo comentar.

Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en la Escritura. Lo habían instruido en el camino del Señor y hablaba con mucho entusiasmo enseñando con exactitud lo referente a Jesús, aunque no conocía más bautismo que el de Juan. Apolo se puso a hablar abiertamente en la sinagoga. Cuando lo oyeron, Priscila y Aquila lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más exactitud el camino de Dios.

¿Notas algo extraño? En un primer momento, lo que más me llamó la atención fue la aparente contradicción entre «enseñando *con exactitud* el camino del Señor» y «le explicaron *con más exactitud* el camino de Dios». Imaginé el comentario de Néstor: «En la exactitud no caben términos medios. O se es exacto, o no se es». Prescindiendo de esto, surge la pregunta: ¿qué le enseñaron Priscila y Áquila a Apolo que no le habían enseñado en Alejandría?

Por otra parte, el caso de Apolo parecía demostrar que la fama de Juan Bautista y de Jesús había llegado muy pronto a Alejandría, incluso en vida de ellos; pero el bautismo que se difundió en la ciudad fue el de Juan, no el típicamente cristiano.

Intuí entonces la respuesta a la pregunta anterior: lo que Priscila y Áquila le enseñaron a Apolo fue un bautismo superior al de Juan: el bautismo de Jesús, el que todos nosotros hemos recibido.

Deseando confirmarme en mi idea acudí a Leví y Tamar. Durante la redacción final de las memorias había tenido que consultarles a menudo algunos detalles y la amistad no había sufrido los embates del calor veraniego.

Mientras iba de camino, advertí que había llegado a una conclusión elemental, tan obvia que casi daba vergüenza formularla. El bautismo típicamente cristiano, el distinto de Juan, no empieza en vida de Jesús, sino después de su resurrección, cuando ordena a sus discípulos predicar al mundo entero «bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo». Efectivamente, Apolo tenía que haber entrado en contacto con los seguidores de Jesús cuando éste aún vivía.

—El episodio de Apolo me resultó especialmente interesante —comentó Leví cuando le presenté mi punto de vista—, porque me vi reflejado en él. En Alejandría existe una importante comunidad judía a la que llegarían pronto noticias sobre Juan Bautista y Jesús. Al principio es posible que la gente no viera demasiada diferencia entre ellos, los considerarían maestro y discípulo. Aunque, en este caso, el discípulo es superior al maestro. Pero eso no lo supieron hasta después de la resurrección de Jesús. Entonces es cuando comienza el bautismo típicamente cristiano. Estoy de acuerdo contigo.

—Entonces, lo que Priscila y Áquila le enseñaron fue la superioridad de nuestro bautismo sobre el de Juan. ¿Estás de acuerdo?

—Eso parece. Déjame leer el texto.

Tomé el volumen de su biblioteca, busqué el sitio exacto, y se lo alargué. Iba a rumiarlo para sus adentros cuando Tamar le pidió:

—Léelo en voz alta, Leví.

—Sí, perdona.

Leyó el mismo texto que te copié al comienzo de este capítulo, pero añadiendo las líneas siguientes sobre la posterior actividad de Apolo:

Teniendo él intención de pasar a Grecia, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos de allí que lo recibieran bien. Su presencia, con el favor de Dios, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús es el Mesías.

Cuando terminó la lectura, me dirigió una mirada entre irónica y cariñosa.

—¿Cuándo aprenderás a leer, Andrónico? ¿En cuántos lugares predica Apolo?

No entendí su pregunta y tuvo que formularla de manera más clara.

—Aquí se habla de dos sitios muy distintos en los que enseña a los judíos. ¿Cuáles son?

—Primero en Éfeso, luego en Grecia; exactamente, en Corinto. Lo dice más adelante.

—¿Y predica lo mismo en los dos sitios?

Había leído el texto tantas veces que no necesité consultarlo. Capté enseguida su sugerencia.

—La predicación es muy distinta —reconocí—. Al principio, cuando llega a Éfeso, enseña lo referente a Jesús. Me imagino

que hablaría de su mensaje, sus parábolas, sus milagros... Luego, cuando está en Grecia, demuestra con la Escritura que Jesús es el Mesías.

—¿Y qué produce ese cambio tan notable? —insistió Leví.

—La actividad de Priscila y Áquila. Cuando lo toman por su cuenta y le enseñan con más exactitud el camino de Dios.

—Por consiguiente —terminó él—, Priscila y Áquila le enseñaron dos cosas: que el bautismo de Jesús es superior al de Juan, y que Jesús es el Mesías, no un simple profeta, como pensaría probablemente Apolo.

Estaba a punto de enrollar el volumen y devolvérmelo para que lo colocara en su sitio cuando se centró de nuevo en su lectura.

—La escena siguiente está muy relacionada con ésta; deja clara la diferencia entre el bautismo de Juan y el de Jesús. Te la voy a leer, Tamar.

Mientras Apolo estaba en Corinto atravesó Pablo la meseta y llegó a Efeso; encontró allí a ciertos discípulos y les preguntó:

—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?

Contestaron:

—Ni siquiera hemos oído hablar de que haya un Espíritu Santo.

Pablo volvió a preguntarles:

—Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?

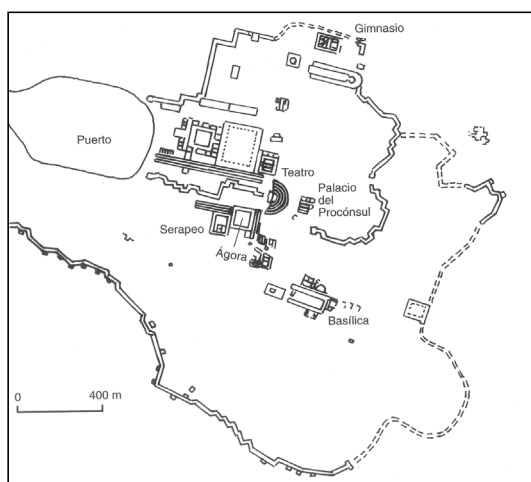
Respondieron:

—El bautismo de Juan.

Pablo les dijo:

—El bautismo de Juan era signo de arrepentimiento, mientras le decía al pueblo que creyesen en el que iba a venir después de él, es decir, en Jesús.

Al oír esto se bautizaron, consagrándose al Señor Jesús, y al imponerles Pablo las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, y



Plano de la Éfeso romana
(dibujo inspirado en el de Cornell y Matthews).

empezaron a hablar en lenguas y a profetizar. Eran en total unos doce hombres.

* * *

Durante la cena advertí un interés mayor del habitual por comenzar la reunión. Al parecer, los cuatro deseaban responder a la pregunta planteada la noche antes sobre la relación entre las dos escenas y de saber si su teoría era la correcta. Livia jugaba con ventaja ya que había leído el texto con mi padre, pero no hice ningún comentario sobre ello y preferí dirigirme a Néstor.

—Anoche dijiste que tú ya sabías la respuesta, nada más oír el texto.

—Sí —dijo de manera sencilla, sin alardear—. Lo que relaciona las dos escenas es el bautismo de Juan. Mejor dicho, el hecho de que los principales protagonistas sólo conocen ese bau-

tismo. En la primera escena, se dice de Apolo expresamente. Y en la segunda, Pablo pregunta a esos discípulos a los que encuentra si han recibido el Espíritu, le responden que no, y entonces descubre que sólo han recibido el bautismo de Juan.

—¿Eso lo advertiste con una sola lectura? —le pregunté sin poder ocultar mi asombro.

Con una sonrisa pasó de la modestia anterior a su habitual humor un tanto irónico.

—En cuanto oí la palabra *bautismo* me llamó la atención. Yo estuve años deseando que Talía se bautizara y acompañándola durante la catequesis. Cuando oí decir que Apolo sólo conocía el bautismo de Juan, me resultó extrañísimo. Al repetirse la idea en la segunda escena, comprendí que ahí está la clave de tu pregunta.

Las tres mujeres lo miraron con una mezcla de admiración y decepción. Admiración por la facilidad con que había descubierto el enigma, decepción porque consideraban que sus propuestas eran ya innecesarias.

—Yo —dijo Lucila— también había advertido eso del bautismo de Juan, pero no le di importancia. Para mí, la clave estaba en la superioridad de Pablo sobre Priscila y Áquila. Como para indicar que todos cumplimos un papel importante en la comunidad, pero que la función de algunos tiene mayores repercusiones que la de otros. ¿Me he explicado claramente?

—No, madre. Te has explicado fatal —le dijo Néstor.

—En la primera escena —aclaró ella—, Priscila y Áquila se encuentran ante una persona, Apolo, con buena formación cristiana, pero a la que le faltan unos conocimientos más profundos sobre el bautismo y sobre Jesús como Mesías. Y ellos se lo explican. Priscila y Áquila cumplen una función de maestros, ¿no se dice así, Andrónico?

—Sí, ése es el término que usa Pablo cuando habla de los carismas dentro de la comunidad.

—En la segunda escena —continuó Lucila—, Pablo se encuentra también ante personas que carecen de una formación completa, pero no se limita a catequizarlos, a enseñarles. Hace algo más importante: los bautiza y les impone las manos, para que baje sobre ellos el Espíritu Santo. Eso no lo hicieron Priscila y Áquila... ni podían hacerlo. El carisma de Pablo era superior al de ellos.

—Yo no diría «superior», sino «distinto» —comenté matizando sus palabras—. Ya hablaremos de esto en otro momento. Lo que has dicho, Lucila, me ha resultado muy interesante. No había caído en la cuenta de esos detalles.

—Yo tampoco —reconoció Néstor—. ¡Qué madre más lista tengo!

Se inclinó hacia ella y le dio un sonoro beso en la mejilla. Luego me dijo:

—De este beso, que quede constancia cuando escribas tus memorias.

—No lo olvidaré, aunque se moleste tu madre. Seguimos. ¿Qué se te ha ocurrido a ti, Talía?

—Mejor que hable primero Livia —dijo con deferencia hacia una persona mayor.

—No, a Livia la dejo para el final. Ella se aprovechó de los comentarios de mi padre y espero que ponga el broche de oro.

—No esperes tanto —sonrió ella.

—Como a mí me gusta tanto la historia —comenzó Talía—, vi esas dos escenas como dos partes principales en la formación de la comunidad de Éfeso. Recordaréis que Pablo, Áquila y Priscila llegaron juntos a Éfeso viajando desde Corinto. Pablo permaneció en la ciudad poco tiempo, dejó al matrimonio y se embarcó camino de Jerusalén. En la primera escena veía reflejados los comienzos de la comunidad. Fijaos que Priscila y Áquila son cristianos, pero siguen acudiendo a la sinagoga; allí es donde conocen a Apolo y lo oyen hablar. Por consiguiente,

los comienzos de la comunidad de Éfeso fueron muy modestos, casi no había distinción entre judíos y cristianos. La segunda escena, la de Pablo, supone un momento posterior, la verdadera fundación de la comunidad.

—¿Por qué hablas de «verdadera fundación de la comunidad»? —le pregunté extrañado—. La comunidad ya existía. Lucas habla de «los hermanos». Recuerda lo que dice a propósito de Apolo: que, cuando decidió ir a Grecia, los hermanos lo animaron y le dieron una carta de presentación.

—La comunidad existía —insistió Talía—, pero le faltaba alcanzar su plenitud. Le faltaban personas inspiradas y profetas. Eso se los proporciona Pablo.

Esta vez fuimos los cuatro quienes nos mostramos asombrados.

—¿Dónde se habla de hombres inspirados y profetas en la segunda escena? —le preguntó Néstor.

—Al final. Cuando baja el Espíritu Santo sobre ellos, comenzaron a hablar en lenguas y a profetizar. Además, ¿recordáis cuántos eran?

—Unos doce —respondió Lucila—, como los apóstoles.

—Exactamente. ¿No os recuerda todo eso a lo que ocurrió al principio, en Jerusalén, cuando vino el Espíritu sobre los apóstoles y comenzaron a hablar en lenguas el día de Pentecostés? Aquí ocurre lo mismo: con la venida del Espíritu, la comunidad de Éfeso alcanza su plenitud, igual que la de Jerusalén.

Hubo una pausa mientras asimilábamos la interesante propuesta de Talía, que fue interrumpida por Néstor.

—¿Tú crees, Talía, que lo que cuenta Lucas es histórico? Me refiero a la segunda escena. ¿No te resulta rara? Imagínate que vas a Éfeso con un matrimonio amigo tuyo, te despiden de ellos y pasas bastante tiempo fuera, quizá un año. Cuando vuelves a la ciudad, ¿qué es lo primero que haces?

—Iría a visitar a Priscila y Áquila, evidentemente.

—Eso es. Les preguntaría cómo estaban, si había aumentado el número de hermanos, qué dificultades habían encontrado, etc. En cambio, ¿qué cuenta Lucas?

—Lo voy a leer exactamente —propuse yo, consciente de que Néstor estaba diciendo algo interesante.

Mientras Apolo estaba en Corinto atravesó Pablo la meseta y llegó a Efeso; encontró allí a ciertos discípulos y les preguntó:

—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?

—Basta con eso, padre. ¿Lo ves?, Talía. Nada de visita a Priscila y Áquila. Como si no existieran. Y como si no hubiera en la ciudad más que esos discípulos, y ningún otro que hubiera podido catequizarlos antes de la llegada de Pablo.

—¿Qué estás queriendo decir con eso, Néstor? —le preguntó Lucila—. ¿Qué Lucas se inventa el relato?

—Sí, pero se lo inventa por lo que ha dicho Talía, para atribuirle a Pablo la verdadera fundación de la comunidad.

—Ahora eres tú el que explicas fatal, hijo.

Él suspiró resignado.

—Parece mentira que no conozcáis a Lucas después de tanto tiempo leyéndolo. Para él, el gran protagonista es Pablo. Al principio, Pedro. Pero luego, Pablo. Cuenta sus viajes, la fundación de numerosas comunidades, su actividad en Anatolia, Macedonia, Grecia, Asia... Pero resulta que una de las comunidades más famosas e importantes, la de Éfeso, ya tenía cristianos antes de la llegada de Pablo. Esos cristianos, sin duda, conocían el bautismo de Jesús, superior al de Juan. Priscila y Áquila les habrían hablado de él. Pero Lucas quiere demostrar que Pablo tuvo un papel importantísimo, si no en la fundación, al menos en la formación de la iglesia de Éfeso. Para ello se inventa esta escena tan irreal, tan simbólica, con unos doce hombres, como los doce apóstoles, sobre los que baja el Espí-

ritu y comienzan a hablar inspirados y a profetizar. ¿Me he explicado claramente, madre?

—Ahora sí. Y resulta convincente. Pero... ¿no podría ser verdad que existieron esos doce discípulos que sólo conocían el bautismo de Juan?

Inesperadamente, Talía salió en apoyo de su esposo.

—Madre, esos doce discípulos, ¿eran varones o mujeres?

—Varones, Lucas dicen que eran varones —respondió Lucila sin vacilar, y al punto cayó en la cuenta de la trampa, soltando una carcajada—. Tenéis razón. ¿Dónde se ha visto un grupo de discípulos en el que no haya ninguna mujer? Lo contrario sería posible; pero eso, no. Debe tratarse de una escena simbólica, como dice Néstor.

—Simbólica, pero muy importante.

La voz de Livia, que había permanecido callada hasta entonces, casi nos sobresaltó.

—A mí me ha resultado interesantísimo lo que habéis dicho, y esta noche, más que nunca, he recordado a tu padre, Andrónico, cuando me leía y comentaba esta obra. Decía que un texto es como una persona, a la que se puede mirar desde diversos puntos de vista. Siempre es la misma persona, pero siempre descubres facetas nuevas. Y si hablas con ella, cuanto más hablas, mejor la conoces, más profundizas en su interior. El excelentísimo Teófilo diría que todos habéis aportado ideas muy interesantes. Pero él habría desarrollado lo que insinuaron Talía y Néstor, que la comunidad de Éfeso llega a su plenitud cuando baja sobre ella el Espíritu. Sin embargo, no podemos quedarnos en Éfeso. Lucas quiere enseñarnos la importancia del Espíritu en cualquier comunidad cristiana. Puede tener maestros, personas bien formadas, como Priscila y Áquila. Pero el Espíritu es lo esencial: es él quien nos enseña a alabar a Dios y a instruir a los hermanos.

Yo, que me había reservado el derecho de dirigir la reunión, no había dicho casi nada. Y después de todo lo comentado, poco tenía que añadir. Pero la referencia de Talía a la historia de la comunidad me sugirió leer el breve pasaje siguiente, anteponiendo una breve introducción.

—En la historia de la comunidad hay tres etapas. Al principio, los cristianos estaban muy unidos a los judíos, se reunían con ellos en la sinagoga. Con la llegada de Pablo se produce un gran salto: sobre la comunidad viene el Espíritu, que se manifiesta en la inspiración y la profecía. Lo que voy a leer ahora supone un tercer momento: cuando la comunidad se separa de la sinagoga y comienza a reunirse por su cuenta.

*Después entró en la sinagoga, donde habló abiertamente durante tres meses, discutiendo de modo convincente sobre el reinado de Dios. Pero, como algunos se endurecían y se negaban a creer y difamaban el Camino ante la gente, Pablo se apartó de ellos, llevó consigo a los discípulos y siguió discutiendo diariamente en la escuela de un tal Tirano. Esto duró dos años, de suerte que todos los habitantes de Asia, judíos y griegos, escucharon la palabra del Señor.*¹

—¿Dos años se pasó Pablo en Éfeso? —preguntó admirada Lucila—. ¡Con lo que le gustaba moverse!

—Se iba haciendo viejo, madre —le explicó Néstor.

Talía hizo una propuesta más seria.

—Quizá tomó Éfeso como punto de partida para evangelizar toda Asia, como dice Lucas. En Asia² hay muchas comunidades importantes: Esmirna, Colosas, Mileto... quizá las fundó Pablo en esos años.

¹ Hechos 19,8-12

² Talía se refiere a la antigua provincia de Asia, en el SO de la actual Turquía.

Luego, con su habitual curiosidad, me preguntó:

—¿Se saben más cosas de ese Tirano?

—¿Del dueño de la escuela? No, no se vuelve a hablar de él.

Con esto no acabó la reunión. Las reflexiones sobre los orígenes de la iglesia de Éfeso nos llevaron a comentar la situación de nuestra comunidad y a hablar de la importancia del Espíritu Santo, al que terminamos invocando.

* * *

Estábamos ya de pie, a punto de irnos a la cama, cuando Talía me hizo caer en la cuenta de un detalle importante.

—¿Quién se encarga de la reunión de mañana?

Dudé un momento.

—Yo. Pero todavía no he decidido qué leeremos.

—¿No vamos a seguir con la estancia de Pablo en Éfeso?

—Lucila parecía decepcionada.

Su pregunta me animó a decidirme.

—Sí, desde luego. Mañana hablaremos de Pablo y Apolo.

—Menos mal —exclamó Talía—. Me ha resultado un personaje muy interesante, pero no hemos comentado nada sobre él.

—Pues mañana satisfaré tu curiosidad.